

*Marta Villar*

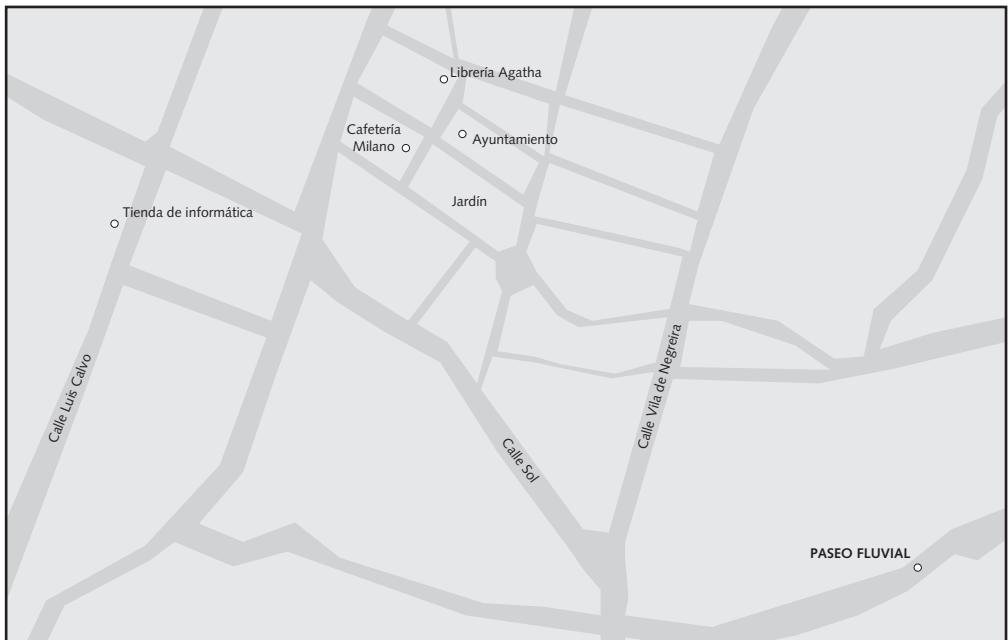
Detective  
**FERRUCHI**



MAEVA | NOIR

*A Sandra Villar Rodríguez, mujer brava,  
ejemplo de resiliencia y valentía.*

# Los escenarios de la novela



# PRIMERA PARTE

# 1

## El veterinario está muerto

*Jueves, 5 de septiembre*

MANUEL CARRIZO TENÍA la intención de tocar el timbre, pero al acercarse observó que la puerta del muro de bloques estaba entornada y la empujó. El pequeño chalet de una sola planta contaba, en el lado derecho y pegado a la fachada, con un cobertizo construido de uralita que se sostenía sobre dos columnas de madera. Dentro se encontraba aparcada la furgoneta Renault Kangoo, por lo que supuso que el veterinario estaba en casa, así que no comprendía que no le hubiese cogido el móvil en toda la mañana. Vio que la puerta de la vivienda también estaba abierta, y decidió entrar.

—¡Juan! —gritó mientras atravesaba el pasillo.

El hombre, que conocía bien la casa tras haber estado allí en otras ocasiones, se dirigió al salón. Percibió un olor peculiar. Su memoria le dijo de qué se trataba, pero su cabeza se negaba a tomar conciencia. Ya en la entrada había oído un sonido de voces apagadas y se había imaginado que sería la televisión.

Lo primero que se advertía desde la puerta era la parte trasera del sofá de tres plazas, con el mueble de la televisión enfrente. Los estores de las ventanas, situados a izquierda y derecha, estaban bajados a medias, pero había luz suficiente. Manuel vio, efectivamente, la televisión encendida. En la pantalla aparecía un

grupo de elefantes bebiendo en un charco. Después se fijó de nuevo en el sofá. Había algo que sobresalía por el lado izquierdo: un brazo estirado, y sobre él, una cabeza.

No era Carrizo un hombre que se impresionara con facilidad. Había visto desangrarse a Antonio, el vecino que se había secionado una pierna con una radial Stihl, y a Miguel, que había quedado aplastado bajo el tractor Massey Ferguson.

Dio unos pasos hacia atrás y se fijó en aquella cabeza destrozada que semejaba dormir sobre el brazo. El ganadero podía observar ahora que una persona con pantalón y camiseta de manga corta había sido golpeada en el lado derecho de la cabeza hasta hundirle el cráneo. Los rasgos de la cara habían desaparecido a causa de los golpes y la sangre seca agrupaba el pelo en gruesos mechones. También había grandes salpicaduras en aquellas piernas desnudas, en la ropa, pero sobre todo en el sofá y en el suelo de loza. Los rastros de sangre llegaban a las paredes. La cabeza descansaba sobre el brazo izquierdo mientras el derecho colgaba pegado al cuerpo, con los dedos casi tocando el suelo. Había varias moscas volando alrededor.

Manuel Carrizo no tuvo duda de que se trataba de Juan Sequeiro. Por la fisonomía del cuerpo y, más que nada, por el cabello, que, a pesar de estar cubierto de sangre, dejaba entrever mechones de color rojo anaranjado. La gente solía referirse a Juan como el Pelirrojo. A Manuel le llamaron la atención la cantidad de gotas de distintos tamaños que había en la pared de la izquierda, como si hubiesen salpicado contra ella una brocha de pintura.

Pasaban ocho minutos de las nueve de la mañana del 5 de septiembre y el termómetro ya marcaba veintiséis grados, como casi todos los días de aquel año sofocante. Manuel observó a dos moscas posarse en la nariz del Pelirrojo, como si quisieran entrar por sus ventanas. Y ahí sí que reaccionó.

—¡Me cago en todo! —exclamó.

Salió a toda prisa de la casa, cogió aliento, se rascó la cabeza por debajo de la gorra blanca y verde que anunciaba Piensos Norgasa y a continuación sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Como buen ganadero, su primera llamada fue al otro veterinario de la zona, Miguel Dacosta, porque no había nada más urgente ni prioritario que una vaca de mal parto. Y lo de Juan ya no tenía remedio. Después sí, marcó el 092.

## 2

### Librería Ágatha

SOL ABRIÓ LA cerradura, levantó la verja e introdujo la llave en la puerta de la librería. Cuando encendió las luces ocurrió de nuevo el milagro, su momento favorito de cada día: nacían los libros, estiraban los bracitos, desadormecían y se colocaban bien derechos y estirados en las estanterías. Algunos continuaban acostados en las cuatro mesas de aquel local, rodeados de jarrones y floreros gigantes de alfarería de Buño llenos de flores secas: ramas de eucalipto, roble, brezo, retamas, laureles, pequeños grupos de romero y lavanda. Había también flores frescas: hortensias y rosas de las que brotan en los muros de los lindes.

Sol Cortés, como siempre, inspiró con fuerza al entrar y se llenó del aroma a bosque. A la izquierda estaba la caja registradora, el TPV y el ordenador sobre una mesa de madera rústica; detrás, una silla giratoria con respaldo. Había un vaso con tulipanes amarillos muy cerrados, que aún no se habían despertado, y un cuaderno grande al lado del teclado. Junto a la puerta, el gran escaparate se interrumpía al llegar a la esquina y luego retomaba su recorrido continuando la fachada lateral. La librería se encontraba entre dos calles en el corazón de aquella localidad llamada Umeiro, a menos de cincuenta metros de la Casa Consistorial, de la plaza, el parque y el mercado. Todo en la misma

manzana. Las mesas de libros y flores y algunas estanterías bajas guiaban los pasos de los clientes que entraban, obligándolos a seguir un itinerario determinado. Todo era flora en aquel lugar.

Al fondo del local había un sillón y un sofá de dos plazas que rodeaban una mesa baja, en la zona donde se encontraban los libros infantiles. Hasta había montado un iglú que les encantaba, con luces y amuletos colgados en su interior, un refugio donde se sentían seguros, a salvo, en su propio mundo, independientes de los mayores, solo ellos, los libros y algún amigo o amiga con quien querían compartir el espacio y la magia. En esa zona también había un pequeño cuarto de baño. Menos mal que había instalado un sistema de aire acondicionado, aunque le hubiera subido mucho el presupuesto. Con aquel verano eterno que se vivía ese año en Galicia, sería imposible resistir dentro de un espacio lleno de madera y papel.

Ese día había abierto con media hora de antelación, a las 09.30, porque tenía una entrevista, la cuarta en una semana. Quería contratar a una empleada para las mañanas, de 10.00 a 13.30 horas. Había abierto la librería, con el nombre de Ágatha (un evidente homenaje a Agatha Christie), hacía un mes. El primer día había sido un espanto. La gente pasaba por delante del escaparate, miraba, levantaba la cabeza, la movía a derecha e izquierda, intentaba escudriñar el interior, pero no entraba. Apretaban más fuerte el pan, el periódico o la bolsa de la compra, y seguían su camino. Básicamente querían saber quién era, la acechaban a través del escaparate para ver si era una conocida o una foránea.

Se sintió desfallecer. Había regresado al pueblo en el que había nacido, donde se había criado y había estudiado hasta el bachillerato. El pueblo de donde había salido a los diecisiete años, y al que volvía ahora con cuarenta y dos. Le había dado una vuelta a su vida, dejado su trabajo y abandonado la ciudad donde había vivido tantos años, para regresar a casa, reformar

el antiguo bajo de su madre después de tantos años cerrado y abrir la librería. Pero, superado el primer día, todo había ido mejor.

En su segunda jornada como librera empezaron a entrar mujeres. Primero se llevaron algunas libretas y bolígrafos, colocados en el estante a sus espaldas; después, libros para los hijos e hijas, literatura infantil y juvenil. Luego, novelas. No vendía libros de texto. Lo había tenido claro desde el principio, no quería estrés.

Solía estar sentada en la entrada, detrás de la mesa que hacía las veces de mostrador. Desde allí controlaba todo el interior. Hacía cinco días había entrado Alicia Novo, la alcaldesa, una mujer de estatura media, pelo negro cortito, a la altura de las orejas, piel morena y unos ojos negros llenos de brillo. Le había pedido *Cincuenta sombras de Grey*, y le había preguntado si podía envolverlo, después de asegurarle que se trataba de un regalo para una amiga.

Sol estaba convencida de que la gente leía. Sobre todo, las mujeres. Después de la pandemia había visto colas en las librerías, una tendencia que por el momento no pasaba de moda. Percatarse de aquello fue lo que la convenció para abandonar su trabajo, reformar el local y abrir una librería, algo con lo que siempre había soñado. Cada vez tenía más lectoras. Prefería llamarlas así, no clientas, y en el femenino incluía a los hombres, que eran minoría. Pensó en contratar a una empleada a pesar de que aún llevaba poco tiempo y las cosas podían cambiar. Pero, al igual que en unos aspectos de su vida jamás corría riesgos, en el resto sí lo hacía.

Sol había puesto un cartelito en la entrada solicitando una persona para trabajar por las mañanas, sábados incluidos. Las primeras entrevistas no habían ido muy bien: querían más salario, no estar de pie, no ponerse a colocar libros («para eso me voy a reponer mercancía en el súper», le había dicho una), o cosas así.

Llevaba puesta una camisa beis con un cuello tipo Mao, sin mangas, y un pantalón vaquero blanco, recto, con sandalias negras de esparto de plataforma alta. Siempre cuidaba su forma de vestir. Es donde se notaba que su madre había sido modista y que ella había nacido entre retales, patrones, hilos, tijeras sagradas como diamantes. Las tijeras de cortar la tela nunca podían cortar otra cosa que no fuese tela. Ni un papel. Si no, ya no servían, no cortaban igual, no corrían por la tela ellas solas, sin empujarlas, rectas, sin un error, con vida propia. También ella había trabajado en el sector textil, algo que le había parecido natural, una continuidad.

Había aprendido de joven a apreciar las texturas de los tejidos, los estampados, los remates, las costuras por dentro. Cuando compraba ropa miraba siempre antes la parte interior. Si quien la hizo se molestó en dejar en perfecto estado lo que no se veía, era una garantía. Pero ya casi no encontraba ninguna pieza de ese tipo. En la actualidad eran todos tejidos acrílicos o poliéster (Sol creía que, si se acercaba una llama a esa ropa, ardería como una hoguera de San Juan), con las costuras de cualquier manera, con hilos colgando, sin cortarlos, y medidas que no se ajustaban al cuerpo.

En ese momento, la librera estaba ejecutando su manía diaria: torcer el pequeño cuadro colgado entre las estanterías con los bolígrafos y los cuadernos en la pared para después volver a enderezarlo. En él solo había unos versos de Margarit: «Recuerda cuando aún desconocías que la vida no tendría piedad contigo». En ese instante sonaron las ligeras campanillas de la puerta y se giró.

La joven que acababa de entrar tendría unos veinte años. Era tirando a alta, con una media melena con flequillo color platino y raíces oscuras, los ojos bien ahumados de *khol* y los labios pintados de rojo sangriento, con grandes aros dorados en las orejas. Llevaba una americana negra y debajo un top del mismo color

que le dejaba al aire el estómago liso y fibroso, de piel muy blanca. Sus *shorts* eran tan largos como su media melena. Calzaba unas botas negras de plataforma, como las de un policía. Sonrió al ver a Sol detrás de la caja y se acercó a ella.

—Hola, soy Ágatha —dijo, ofreciéndole la mano como saludo.

—Hola, yo soy Sol, encantada... ¿Has dicho Ágatha? ¿En serio? —Mostró su sorpresa por la casualidad de que la joven se llamase igual que la librería.

Sin decir ni una palabra, después de estrecharse las manos, la joven abrió su bolso, un gran saco de tela multicolor que llevaba colgado del hombro. Sacó una cartera roja, la abrió y le puso a Sol, a escasos centímetros de los ojos, el DNI. Ágatha Muíño Rodríguez.

—Sí, bien, no es que no te creyese, mujer, es que es tanta casualidad... —afirmó con rapidez y algo avergonzada.

—Tengo la sensación de que estoy destinada a este trabajo —afirmó Ágatha, sin darle importancia a la incredulidad de la librera, mientras guardaba el carné.

—Quería a alguien para atender la librería por las mañanas. Yo igual estaría por aquí, pero así podría tener un apoyo si salgo a hacer un recado o estoy liada con pedidos, trabajo administrativo, o si hay mucha gente. Como también quiero comenzar con la venta por internet... ¿Tú tienes experiencia en librerías? —le preguntó.

—No. He trabajado en una tienda de deportes, en una clínica dental, en una panadería y en un súper. Del súper me echaron, ya te lo digo.

—¿Por qué? —preguntó, asombrada de la sinceridad de Ágatha.

—Porque dejaba, algunas veces, que la gente robase —respondió con súbita timidez—. A ver, no a todos y no cualquier cosa. Si se llevan una botella de whisky, hombre, pues no. Pero si

se llevan una lata de atún, unas papillas de bebé, unos muslos de pollo... ya sabes que es porque lo necesitan. Y tal y como están las cosas de caras... Los supermercados suben los precios de una semana para otra y luego nunca bajan. Y ahora con la inflación, ¿quién puede comprar? ¡Si por una bandeja con tres pechugas de pollo te cobran seis euros! ¡Y el aceite de oliva ya nada, se va a acabar vendiendo en joyerías! ¿Cómo no le vas a dejar a la gente que se lleve lo que necesita para sobrevivir?

Después de escucharla, Sol no lograba reaccionar.

—Como iba diciendo —continuó la joven—, en lo de librera no tengo experiencia, pero sé cobrar y se me da bien atender a la gente. Ahora estoy buscando algo distinto, ¿sabes? Vivo aquí cerca. Y, como me gusta mucho leer, cuando vi el cartel ayer me dije: «Pues voy a probar, porque creo que lo haría bien» —soltó con rapidez, mientras mantenía los brazos cruzados delante del pecho.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió Sol.

—Veintitrés. Empecé a trabajar a los dieciséis, después de finalizar la ESO. Comencé ese verano en la tienda de deportes y luego ya no quise seguir estudiando, no hice el bachillerato. Se me daban bien los estudios, pero no sé, quería ganar dinero pronto. En mi casa no sobraba —dijo, encogiendo los hombros.

—Claro, claro. Bien, lo que pasa es que, sin experiencia... Tienes que conocer libros para recomendar, estar al tanto de las novedades, saber usar el programa de librerías en el ordenador. Hay que ser librera, no dependienta, la confianza con el lector es lo fundamental —remarcó Sol.

—Entiendo, sí. Pero puede probarme una mañana y ya verá.

—Y no se puede dejar que los clientes se lleven libros sin pagar —añadió Sol con voz suave.

—No se preocupe, aquí no creo que nadie quiera robar. Pero no lo permitiré, descuide.

Sol estaba pensando cómo rechazarla sin ofenderla. No creía para nada que pudiese ser la persona que estaba buscando para su librería, ni a pesar de la coincidencia del nombre, y no quería perder el tiempo.

En ese momento sonó de nuevo el tintineo de la puerta. Entró una mujer joven, con expresión de angustia, agarrando con las manos la correa del bolso que llevaba al hombro.

—Buenos días. Vi gente y las luces encendidas y, aunque pone que abre a las diez, pues yo tenía prisa y si pudiesen...

—Claro, no hay problema ninguno, espere un segundo, la atiendo —respondió Sol, pensando ya en cómo despedirse de Ágatha. No conocía a aquella mujer, no la había visto nunca por el local.

—Es que ayer murió nuestra perrita y fue horrible. Mi hijo pequeño la adoraba y hoy ya no fue a la escuela, no durmió en toda la noche, está fatal. —La mujer hablaba rápido—. Quería, quería... Si tuviesen algún libro, no sé, que le sirviese a mi hijo para ayudarlo a entender que... Que *Nala* se quedó dormida para siempre y que... Ya sabe, no sé si hay libros para niños sobre esto, sobre la muerte. No, seguro que no hay, claro. Pero es que debería haber.

Sol percibió que la mujer estaba desesperada, pero, antes de que pudiese decir algo, habló Ágatha:

—¿Cuántos años tiene el niño? —le preguntó.

—Hugo tiene seis —respondió aquella mujer de pelo largo, castaño y muy liso.

—Pues podría llevarle *Cuerpo de nube*. Yo se lo compré a mi sobrina pequeña. Es una ovejita que es diferente a las demás y que quiere marcharse al cielo. Ayuda a superar la pérdida de alguien querido, ¿sabe? Ganó un premio. También está muy bien *Siempre*, creo que se titula, de Ana Galán. Va sobre un osito y su mamá. Es precioso e ideal para que los niños adquieran autono-

mía. Y otro, aunque creo que a lo mejor es para más pequeños, es *No es fácil, pequeña ardilla*, sobre una ardilla a la que se le muere la madre. No sé si ahora mismo están disponibles en la librería, pero siempre se pueden encargar —aseguró con una sonrisa brillante Ágatha, que después giró la vista hacia Sol para interrogarla con la mirada.

—Eh... —logró articular la librera.

Sol no sabía qué decir. Se había quedado de piedra. Solo conocía, y lo tenía en la librería, uno de los libros que había citado la muchacha. Realmente sabía de literatura. Por lo menos, de infantil.

—Mire —reaccionó por fin—, pues ahora mismo tenemos uno de esos libros, *Siempre*. Está ahí al fondo, donde los sofás. ¿Se lo traigo y le echa una ojeada? Y si quiere alguno más, lo miro ahora en el ordenador y podemos encargarlo.

—Sí, por favor, gracias. No pensaba que hubiese este tipo de temas para niños, qué maravilla, si es que hay de todo. Gracias, chica, da gusto con gente que sabe —respondió la mujer dedicándole una sonrisa a Ágatha.

—¡Ah! Y después puede leer *Mortina*, de Bárbara Cantini, y también *Escarlatina, la cocinera cadáver*, de Ledicia Costas. Son una maravilla —añadió Ágatha.

Sol fue a buscar el volumen que había mencionado y, después de localizarlo, regresó y se lo entregó a la mujer para que lo viese.

—Me encantan los dibujos —dijo después de unos segundos—. Creo que servirá. Pero si pueden conseguir ese de la ovejita y el de la ardilla, también me interesan. Y el de *Escarlatina*, que tiene buena pinta, hasta para mí —pidió la mujer, haciendo así que la mañana comenzase muy bien en la librería.

—Claro, espere un minuto que hacemos el pedido —confirmó Sol ya desde detrás del mostrador, tecleando en el ordenador los títulos que había dicho Ágatha, que se inclinó junto a

ella y le repitió alguno, pegada a la pantalla, con una confianza que le despertó suspicacia.

—Pues sí, podrían estar aquí en tres o cuatro días. Si me deja un teléfono puedo avisarla cuando lleguen o mandarle un wasap. Y si quiere le hago una ficha, si me da sus datos, y ya queda registrada para otros encargos.

—Ah, genial, qué bien. Un wasap sería perfecto, vivo dentro de WhatsApp prácticamente, esta es una de las pocas veces que hablo en persona con gente, jja, ja, ja! Pero sí, te doy mis datos para otra vez —respondió la clienta.

Sol registró la información en una ficha del programa en el ordenador.

—Pues ya está. Le llegará un mensaje en cuanto estén aquí —añadió la librera.

—Estupendo. Cóbrame este entonces.

—Son quince euros.

—Muy bien. ¿Tarjeta?

—Claro —afirmó la librera.

Sol sacó el terminal junto a la caja y cobró el libro, que le entregó dentro de una pequeña bolsa de papel.

—De nuevo muchas gracias, estaré pendiente.

—A usted —respondió Sol.

—¡Gracias, y encantada de ayudarla! —contestó también Ágatha.

Sol Cortés, sin apartar la vista de la mujer que salía por la puerta, dijo:

—Es un contrato a tiempo parcial, como decía el anuncio, solo para las mañanas, de diez a una y media, de lunes a sábado.

Entonces se giró hacia Ágatha.

—El trabajo incluye desde recibir las cajas con los libros, etiquetarlos y colocarlos hasta llevar las redes sociales, que pondré en marcha en algún momento, además de abrir una web para comercio electrónico. He pensado también en tener una

cuenta de TikTok, por lo de la gente joven. He abierto hace poco tiempo, un mes, pero quiero convertir esto en un espacio de cultura, ¿entiendes? Cuentacuentos, recitales de poesía, lecturas, presentaciones de libros, exposiciones de pintura y fotografía... En fin, un montón de ideas y planes, y no tengo tiempo para todo, necesito otra persona si no quiero morirme. Yo vendré siempre a abrir, eso es cosa mía, y también estaré todas las tardes. El salario es de ochocientos euros. Si te interesa.

—Me parece bien. Y sí, si quieres hacer todo eso vas a necesitar por lo menos otra persona más —respondió Ágatha.

—¡Pero nada de dejarte robar por los clientes! —subrayó Sol, con cara seria.

—No, no —dijo Ágatha, cruzando el dedo índice de cada mano mientras los besaba a modo de juramento.

—¿Puedes empezar mañana? —le preguntó.

—Y si quieres ahora también —contestó la joven con una sonrisa tan brillante que alumbró las esquinas más alejadas de la librería.

Sol también sonrió al tiempo que, mentalmente, se reprendía a sí misma por haber tenido con la joven los mismos prejuicios que tanto criticaba en los demás cuando le afectaban a ella. No había visto nada más que pelo platino, labios rojos, *shorts* y top. Solo se había quedado con la corteza. Y la realidad es que era una chica inteligente, espabilada y agradable. Los tópicos y los estereotipos son tan cómodos, tan prácticos... unas muletas maravillosas. Precisamente ella más que nadie debería saber que lo aparente es solo decorado, que el papel envuelve la caja. La librería Ágatha ya tenía una Ágatha auténtica.